

Una oportunidad para el catalanismo político

El ofrecimiento de varias carteras ministeriales y de un posible pacto de gobierno a Convergència i Unió por parte del presidente del gobierno español constituye para el catalanismo político una ocasión excelente para superar las horas bajas en las que vive inmerso hoy en día.

Para que esto ocurra, sin embargo, los dirigentes de CiU han de entender que, aunque el envite de Madrid es posiblemente una mera maniobra electoralista, no pueden ni podrán zafarse con facilidad de lo que constituye un nuevo episodio, quizá importante, en la definición del encaje de Cataluña en España. Por esta razón, la única respuesta posible a la oferta de Aznar pasa por reconducir el debate al terreno de las ideas más generales sobre las necesidades de Cataluña y sobre los objetivos del catalanismo político. En otras palabras, el catalanismo político debe convertir lo que ahora sólo es una propuesta genérica de colaboración en un trampolín desde el cual lanzar, con la máxima ambición posible, qué necesita hacer Madrid para solucionar el mal llamado “problema catalán”.

Para entender dónde se debe poner el listón necesario para abrir la negociación con Madrid, necesitamos analizar la posición en la que se halla el catalanismo político. Sin duda éste vive un momento de debilidad política, de poca intensidad o tensión ideológica y estratégica. Su situación es mala en parte por razones coyunturales: la mayoría absoluta del PP (agudizada por la presidencia española de la Unión Europea precisamente cuando se pone en marcha una convención sobre su reforma constitucional) da poca cancha al catalanismo. Hay, no obstante, razones de mayor calado en las horas bajas de catalanismo (y que afectan por igual a los partidos fuera del gobierno de la Generalitat). Cataluña se halla gobernada por un estatuto de autonomía que, con el paso del tiempo y a caballo de las transformaciones de las últimas décadas, se ha quedado corto para las necesidades del país.

La pequeñez del marco estatutario se debe a tres causas. La primera, de la que siempre se habla poco, es que, dadas las condiciones de la transición política y a la vista de los reveses sufridos en el último siglo, los parlamentarios catalanes negociaron un programa autonomista a la baja, esencialmente centrado sobre las cuestiones lingüísticas y de identidad. La segunda causa de la estrechez de nuestra autonomía es el ahogo financiero del país -- un país que recibe menos por cápita que el resto del Estado y que contribuye mucho más.

La tercera causa, y sin duda la más importante, de la poca envergadura de las instituciones autonómicas se debe a la europeización de nuestra economía y de nuestra política.

Aunque es cierto que gracias al proyecto europeo, Cataluña depende mucho menos que antes del equilibrio de poder en la Península, una vieja aspiración del catalanismo político, al mismo tiempo, la Unión Europea ha generado nuevos retos que exigen del catalanismo nuevas estrategias políticas. Europa ha conllevado un cambio político en dos frentes. Primero, la distribución de competencias entre niveles territoriales se ha desdibujado. Segundo, los mecanismos de control sobre el diseño y ejercicio de estas competencias han permanecido en manos de los ejecutivos de los Estados miembros. Sin capacidad alguna de ejercer un control adecuado sobre unas instituciones, en Bruselas, poco transparentes y poco receptivas a las periferias de los Estados, Cataluña se arriesga a quedarse fuera de las grandes decisiones que se avecinan en un futuro próximo.

La Unión Europea ha supuesto, asimismo, un cambio económico profundo y la emergencia de serios retos a la economía catalana. La creación de un espacio económico de escala continental acentúa la posibilidad de que numerosas empresas decidan reorganizar sus procesos de producción en un marco continental, concentrar sus actividades en ciertas regiones estratégicas, y en definitiva forzar un cierto proceso de especialización regional que puede laminar la actividad empresarial en Cataluña. Sometida a estas nuevas fuerzas económicas, Cataluña debe contestar reforzando su competitividad básica. Pero esto no será posible sin dos cosas: un gasto elevado en infraestructuras (que incluyen un capital humano de primer orden) y un espacio propio de regulación.

En suma, Cataluña y especialmente su entorno han cambiado profundamente en un cuarto de siglo. El catalanismo político se halla, por esta razón, ante un momento crucial. Parte de sus objetivos se han logrado -- la defensa y promoción de la lengua, la cohesión social, y una autonomía incipiente. Pero la realidad está avanzando más rápidamente que la política y conviene volver a atraparla.

Es en este nuevo contexto económico y político que cabe diseñar las condiciones de un posible pacto con Madrid. Y estas condiciones, que no deben ser tomadas solamente como puntos programáticos sino como una bandera de la próxima etapa del catalanismo, son las siguientes:

1. Ministerios suficientes como para, entre otras medidas, rehacer la Fira, recentralizar el diseño y la moda en Barcelona, acabar con el monopolio de facto de Iberia sobre el tránsito aéreo en general, trasladar el Tribunal de la Competencia a Barcelona, y poner en marcha un distrito de investigación de envergadura en Barcelona.

2. Un comité parlamentario permanente de control de la política europea de Madrid, con posiciones privilegiadas para las autonomías históricas.

3. Un distrito electoral catalán propio para las elecciones europeas.

4. El concierto económico.

5. Y el control sobre lo que podríamos denominar el “espacio social” propio -- mercado laboral, flujos migratorios y recursos para una política demográfica.

Si el gobierno del PP acepta este programa, no sólo el pacto ministerial valdría la pena, sino que el encaje ‘bávaro’ de CiU en el centro-derecha español (que incluiría el desguace del PP catalán) pasaría a ser posible. En suma, le corresponde al catalanismo político indicarle al presidente del gobierno español que ha abierto, quizá sin saberlo o desearlo, un posible camino hacia la definitiva rearticulación del Estado español. Si la respuesta subsiguiente demuestra que la oferta de Madrid no se plantea desde la honestidad política, la siguiente fase consistiría en cerrar las viejas aspiraciones intervencionistas y pactistas de Cataluña y, por el contrario, articular una estrategia que pasase lo menos posible por Madrid.

Carles Boix

Profesor de Ciencia Política

Universidad de Chicago

email: cboix@midway.uchicago.edu